

SE PUBLICA LOS JUEVES  
VEINTE CÉNTIMOS

# Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AÑO I

Madrid, 16 de Agosto de 1894.

NÚM. 6

BARAJA ARTÍSTICO-TEATRAL



## EL CABALLO DE ESPADAS

A Eduardo G. Berges, el mantenedor de nuestra zarzuela, el único tenor serio de ese género con que contamos en España, á quien siempre se oye con gusto y al que siempre se le aplaude con el mismo entusiasmo, le ha tocado en suerte salir de caballero del *caballo de espadas*, simbolizado por el ingenioso Rojitas en una nota cómica.



## CHARLAS

El juego y los españoles.—D. Ramón de la Cruz.

SACAR á plaza los Evangelios, equivale á imitar al loco gracioso que quería desecar los mares con esponjas, pues entre nosotros, pocos los siguen, si bien acontece que todos solemos respetarlos de dientes á fuera. Nos piden que no envidiemos lo ajeno, y nos pasamos la vida deseando el mal del vecino.

Con los refranes, esos evangelios chicos como los apellidó Quevedo, varía la especie. Altos y bajos los ponemos en práctica, y el que dice: «muerto el burro, la cebada al rabo», tiene aplicación á diario en España.

Por los papeles-periódicos sabrán ustedes que en Madrid se juega el dinero, y que miles de ciudadanos medran á costa de los *puntos*, cometiendo *guapezas* de ponérseles entre ceja y ceja. También habrán venido en conocimiento de que siendo pública la cosa, la autoridad no se enteró de ello hasta que le avisaron tres heridos con sus lamentos, y no tuvo más remedio que pedir la palabra exclamando en sus adentros: «¿Me acusan de torpe y poco avisada? Otra vez que los jugadores conviertan la Puerta del Sol en campo de Agramante procuraré tomar el camino más largo, y de esta suerte, aplico el remedio cuando á nadie aproveche.

Esos desocupados que llegan hasta mí para denunciarme á cuantos comen sin trabajar, mejor harían dejándome tranquila en mi sosiego, que según es de plácido, guarda semejanzas con la quietud del huevo de Budha.»

Lo de siempre. Los periódicos enseñando á la autoridad lo que conviene poner en obra, y la autoridad mostrándonos que el papel más socorrido es el de mirarse pacientemente el ombligo cual los Fakires, y que de perseguir la dicha, lo más cuerdo consiste en despreciar las hablillas, olvidar las miserias del mundo, y entregarse á la pereza. A la autoridad le sucede lo que al indiferente del cuento. Si le dicen; en un incendio han muerto abrasadas varias personas, replica encogiendo los hombros: eso no representa nada, y si le indican que además perecieron dos hermosos caballos, le llega la noticia al alma y de veras lo siente.

Reconozco empero que el juego no lleva trazas de acabar. Durará más que la forma poética, á la que le esperan siglos de vida. Y digo esto, porque los nacidos en la gloriosa Península Ibérica, confían en sacar el premio mayor de la lotería sin llevar billete, y le piden á Dios que les llene los bolsillos de onzas de oro.

El juego es una mezcla de ocio y de acción, pues sólo los corazones vehementes y apasionados lo hallan halagüeño. Y es que el juego simboliza la solución del misterio y la verdad incierta que con ansia buscamos en las pasiones, esos libros de carne, y en los libros esas arrogancias de nuestro orgullo.

Que pecamos de apasionados y vehementes, lo comprueba el que no somos buenos maridos, y téngase en cuenta que el matrimonio pide dos cosas: paciencia y temperaturas moderadas.

Temo que el duque de Tamames vea con extrañeza que por cada casa de juego cerrada, se abren veinte. Nos gusta el tapete verde, y estar con el alma en un

hilo esperando que nos paseen por plazas y calles atados codo con codo, nos extasia y ensancha el amor propio.

\* \*

Un escritor que maneja la pluma con discurso, Antonio Palomero, ha patrocinado la idea de que se celebre dignamente el centenario de D. Ramón de la Cruz, y como el pensamiento me parece de perlas, hablaré del gracioso sainetero en esta crónica.

D. Ramón de la Cruz tiene un hermano gemelo en el arte. El fantástico descuido del medio hacer y las espléndidas pinceladas de colores de Goya, que hacen que algunas de sus obras semejen á las visiones de un calenturiento, abundan en los escritos del autor de *La casa de tócame Roque*. Los dos presentaron al militar cargado de oropeles, proyectando

en la sombra la figura de un cerdo, y casualmente tan chocante desproporción, existía en en aquella sociedad. Traía el vestido lleno de adornos estrafalarios y el ánimo tenía la hue-ra, limpia de ideas.

Algunos ven en D. Ramón de la Cruz al caricaturista intencionado, un satírico sin mérito, y nada más. El escritor de costumbres no se forma espontáneamente. Compárole á las cristalizaciones de la naturaleza, y la comparación es exacta. Necesita del estudio; armonizar la más profunda observación con la aparente superficialidad de estilo; unir la verdad con la gracia; conocer los sentimientos naturales que caracterizan al hombre en las distintas clases de la sociedad.

El autor citado, que no figura en muchas historias de la literatura, era un filósofo humorístico que encaminaba á los lechuguinos y la gente del bronce á un fin puramente moral. Les enseñó á que se juzgasen tal cual se manifestaban, sin adularlos.

El no quedarnos apenas costumbres populares, determina que los escritos de D. Ramón de la Cruz renuncian á su mérito artístico el interés documental, que si ofrece poca cultura, recuerda la tradición, páginas enteras de nuestra acabada grandeza.

A pesar de que el *modernismo* lo allana todo, suprimiendo las desigualdades intelectuales, lo único digno de respeto que nos queda, algo subsistirá del pasado en los madrileños, como lo evidencia el que amos y criados, hombres y mujeres, tienen un fondo que trae á las mientes el desparpajo y la socarronería de los chispeiros. En las mujeres mejor educadas asoma en ocasiones la manola, y aseguro á ustedes que les da encanto indecible el dejo popular. Es en ellas lo que el ácido en las frutas: motivo de que se deseen con anhelo.

El centenario de D. Ramón de la Cruz es, en cierto modo, el centenario del pueblo de Madrid.

En este momento, rechazo las costumbres que se nos han entrado con la civilización, las cuales harán felices hasta á los mismos africanos, según certifican los chicos del Ateneo, y me siento *pueblo* y admirador del poeta que tan bien pintó á las madrileñas.

E. ALONSO y ORERA



—¡Y que no tenía yo ganas de retratarme con un buen mozo!  
—¡Y que lo digas!



## LOS SEÑORES CÓMICOS

Luisa Campos.

**B**oca y ojos grandes, nariz respingoncilla, rubia, linfática, regordeta y airosa á la par, envuelta como Friné en su manto antes de presentarse al Areópago, en el pañuelo de Manila, que acusa los pronunciamientos del pecho y delata las asonadas de las caderas; de andar cadencioso y resuelto al mismo tiempo, declamando como una maestra de liado y cantando como una grulla viuda, tal es Luisa Campos, la celeberrima Luisa, tiple en puerta de revistas de perro chico y zarzuelas de 0,50.

Chillona como un grajo, retozona y alegre como unas castañuelas, ríe á mandíbula batiente en toda ocasión y en todo momento y se pirra por enseñar las pantorrillas en cuanto el argumento (hay zarzuelas que usan una miajita de eso) la consiente el traje de suripanta clásica,

Comenzó como todas, en el calumniado y modesto cuerpo de coros; de racionista fugaz pasó á segunda tiple y en seguida escaló el altísimo puesto de «primera tiple cómica», en el que felizmente continúa, aunque afectada por una ronquera pertinaz que apaga el esfuerzo de su voz y surca sus ojos de amoratado círculo cada vez que trata de esforzarse.

Algunos admiradores de la joven Campos llegaron á compararla con la Judic, considerándola como excepcional *divette*, pero la pobre muchacha ha quedado reducida á la mínima expresión de tiple, que no canta porque no tiene voz y que baila porque no sabe declamar...

Como mujer es una alhaja, como complaciente con la empresa y con los actores un modelo, pero como tiple... ¡ay! es una verdadera calamidad.

LUIS PARIS



## LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,  
gasas de oro en la esmeralda  
de los campos; la humedece  
con sus perlas, y parece  
cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores  
sobre el templo solitario,  
y es florón de resplandores  
la vidriera de colores  
del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso  
laberinto de retamas,  
y se alza el monte boscoso  
como se alza un coloso  
con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,  
y lleva el río en sus ondas

copiando un pinar sombrío,  
ramajes en que el rocío  
se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe el rosál,  
de oro tiñe al girasol,  
y es la escarcha matinal  
una hamaca de cristal  
bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,  
en los témpanos de hielo  
pinta rafagas de rosa,  
y hace de la mariposa  
un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata  
á la fuente, cuyo rastro  
es una estela de plata,  
junto á adelfas de escarlata

azucenas de alabastro.

Presta al rizado plumaje  
de los pájaros, colores;  
da colores al encaje  
de las nubes, y al paisaje,  
perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas;  
fuego el sol, llanto el rocío;  
flores el juncal; las pomas,  
roja grana; las palomas,  
blanca nieve, espuma el río.

La obscura selva, rumores;  
el torrente, centelleos  
de divinos resplandores;  
la alameda, ruiseñores;  
los ruiseñores, gorjeos.

Toda la naturaleza,

cuando el sol la da calor  
al peso de su grandeza,  
es mujer cuya belleza,  
entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer, arroja  
del pudor los blancos velos,  
cesa su febril congoja,  
y cuando ella se sonroja,  
ya tienen, bajo los cielos,  
los arroyos más cristales,  
las rosas menos espinas,  
más flores los florestales,  
más espigas los trigales,  
el torreón más golondrinas.

AGUSTÍN F. CUENCA



## AGUAS SUCIAS

**T**odos los años se descubre algún nuevo manantial de aguas salutíferas, ora en Extremadura, ora en la Mancha, ya en Aragón ya en Cuenca.

Cuando más descuidado está uno, sale diciendo un periódico en la cuarta plana:

«Aguas nitro-sódico-magnesio sulfatadas de Alcornoque el Real.»

«Curan las enfermedades de la piel; la sarna en todos sus ramos, por crónica que sea, y todas las complicaciones del bazo y la faringe.»

Y es que, á lo mejor, un vecino de cualquier pueblo se encuentra con una charca en terrenos de su propiedad; prueba el líquido, lo huele, lo agita dentro de una botella, lo derrama sobre el pañuelo y se va después á casa del boticario y le dice:

—Don Melitón, desamine usted esto.

—¡Concho!—exclama el farmacéutico paladeando el líquido.—Aquí hay magnesia nativa y bicarbonato en polvo y vejeto padre, todo en una pieza. ¿De dónde traes esto?

—De la dehesa del Boliche.

—Pues te has puesto las botas.

—¿Por qué?

—Porque este agua tiene virtudes terapéuticas de primer orden. ¿Te duele algo?

—Sí, señor; me duele la cabeza, pero debe ser del palo que me dió la otra noche Manolo el rojo.

—Perfectamente. Este agua debe de ser prodigiosa para las cefalalgias de origen traumático. Bebe.

El otro se echa un trago ó dos, y está á punto de arrojar hasta el hígado, porque aquello sabe á demonios; pero á los pocos minutos siente un gran alivio en la cabeza, acompañado de retortijones y náuseas.

—Mejor, mejor—dice el farmacéutico.

—Si sufres es señal de que el agua tiene excelentes condiciones medicinales.

Circula por el pueblo la noticia de que se ha descubierto un *manantial*, como dice el alcalde y casi todos los primeros contribuyentes, y pronto el médico declara, *urbi et orbi*, que como aquellas aguas no las hay en parte alguna de Europa ni América, incluyendo á Chicago y Castellón de la Plana.



Y empiezan á acudir enfermos de todas partes; unos con el hígado en trozos, como si se lo fueran á freir; otros con bultos en diferentes lugares del cuerpo y otros con la nariz hecha una trompa, á causa de la erisipela pertinaz y aguda.

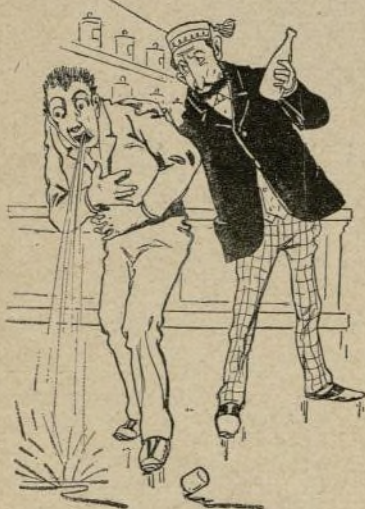
Por de pronto, allí no hay más establecimiento balneario que la referida charca, la cual ha sido cubierta por su dueño con unas esteras, y los aguístas tienen que echarse de bruces en el suelo para recoger en vasos el precioso líquido.



Una *señá* Pepa y otra *señá* Juana y un tal tío Jacobo *azmiten güéspedes*, según rezan unos rótulos pintados con almazarrón á la puerta de sus respectivas habitaciones y allí van á parar los enfermos, juntamente con las moscas, las pulgas y los mosquitos.

Pero la virtud de las aguas es verdaderamente prodigiosa y su fama se extiende por toda la Península.

—¡Pero hombre!—dicen las personas serias que han viajado.—¿Es posible que existiendo aquí esta riqueza natural la abandonen ustedes de tal suerte?





—No, señor—le contestan los del pueblo.—No *sabandona*; al contrario, el año que viene va á haber aquí una *posá* y un juego de bolos *pa* los bañistas.

—¡Oh!—sigue diciendo el hombre culto.—¡Si esto lo cogieran los franceses! Harían de este sitio un verdadero verjel. ¡Qué España ésta, señor, qué Española!...

Los enfermos suelen encontrar alivio por las mañanas, mientras respiran el aire puro de la sierra; pero todo lo que ganan con el oxígeno natural, lo pierden con el trato alimenticio de la casa de huéspedes; y hay hombre que almuerza á las diez, y á las diez y media ya está arrojando todos los platos por el orden con que los ha ingerido.

Nadie se atreve á negar las virtudes de las aguas y los médicos se van acostumbrando á prescribirlas.

—¿Adónde cree usted que debo ir este año?—pregunta un enfermo.—¿Cree usted que me probarán las aguas de Alcornoque?



—Oh, de seguro—contesta el doctor,—y en último término, daño no le pueden hacer á usted de ninguna manera.

Dicho se está que el médico no conoce aquellas aguas más que de oídas, y que manda allí los enfermos como podría mandarles á escardar cebollinos; pero el dueño del manantial va poco á poco haciendo



su fortunita y acaba por construir un establecimiento con pilas de *portland*, imitación de mármol de Carrara, y grifos automáticos y duchas de regadera, hasta que consigue colocar su balneario «á la altura de los primeros del mundo» según afirma *El clamor de los alcornoqueños*, periódico que ve la luz en la capital del distrito.

Pero hay quien afirma que ni aquellas son aguas medicinales, ni tienen nitro, ni sodio, ni magnesia, ni sulfato, ni nada más que porquerías y un olor que vuelca de espaldas.

Y las domésticas que acompañan á los enfermos hacen del líquido famoso la crítica más acerba cuando dicen:

—¡Jesús, qué agua esta! ¡No sirve ni para fregar la loza!

LUIS TABOADA

## FIRMAS NUEVAS

### CONTRASENTIDOS

Primero: Este es un señor con una pierna de palo, y el pie que conserva, malo, y así y todo, es... *Corredor*.

Segundo: D. Juan Cazurro que ha tiempo ejerció en la Habana como *Vista de Aduana*... y no ve á tres sobre un burro.

Tercero: Un esposo cruel que á su costilla, Isabel, olvida por Enriqueta; y yo no sé en qué caseta tiene el destino de *Fiel*.

Cuarto: D. Gines Camino, *Procurador* afamado, que sólo se ha *procurado*... el dinero del vecino.

Y quinto: Felipe Busto, tiene el cargo de *Sereno*... y la noche que oye un trueno no puede ni andar del susto.

MANUEL DEL RÍO Y GARCÍA

### AMOR DE AMORES

De asombro y estupor quedé alelado al ver á Gedeon, casi desnudo, que de una fuerte cuerda con el nudo, se daba sendos golpes desalmado.

Al preguntarle con afán marcado qué ocasionaba proceder tan crudo, contestóme con voz y acento rudo: —Es que vivo de *Estrella* enamorado.

No deben admirarte mis querellas; porque siendo mi ninfa tan malvada que á mis ojos oculta hasta sus huellas, en tanto sea mi pasión premiada, como al pegarme *veo las estrellas*, la puedo contemplar multiplicada.

J. LLÁCER PRÍNCIPE

### DUDA RESUELTA

Es tan malo de aclarar que, en verdad, no sé qué hacer. ¿Cómo podré averiguar lo que pretendo saber?

Que el amor no es alimento es afirmar lo imposible: digo yo que el argumento me parece discutible.

Y como que ya me agobia, puede que á un remedio acuda: yo he de buscar una novia que me saque de la duda.

Pensando de esta manera, puse en práctica la cosa: hoy tengo una panadera que se llama Generosa.

Y como que siempre á todo con facilidad me avengo, voy á ver si de este modo con el amor me mantengo.

ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ





## AMOROSA.

### I

Va á venir esta tarde... Todo la espera...  
con flores olorosas, la jardinera,  
para que, cuando llegue, loca de amores,  
aspire los perfumes que dan las flores.

Mullidos los cojines del confidente,  
para que allí repose tranquilamente  
cuando al entrar, ansiosa, desfallecida,  
la dé con un abrazo la bienvenida.

El almohadón bordado donde anhelante  
me arrodillo y la miro tierno y amante,  
teniendo entre las mías sus blancas manos,  
manojitos de breves lirios enanos,  
y dejando en sus rojos labios impresos  
millones y millones de ardientes besos  
que ella paga con creces mientras la escucho  
decirme por lo bajo:—¡Quiéreme mucho!  
Ella tiene el tesoro de las virtudes

y es la causa de todas mis inquietudes;  
guarda siempre el consuelo para mis penas,  
me oprime entre sus brazos, dulces cadenas,  
y hace huir de mi pecho los sinsabores  
deslizándose en mi oído frases de amores  
y abriendo ante mi paso, siempre indeciso,  
de par en par las puertas del paraíso.

Yo la digo mis dudas y mis tormentos  
iniciándola en todos mis pensamientos,  
comprende las torturas con que tropieza  
en esta lucha horrible todo el que empieza,  
y al ver que entre sus brazos, amargamente,  
lloro el fin de mis sueños de adolescente,  
se incomoda, me anima, y es su consuelo  
para mis amarguras un dón del cielo.

¡Yo la adoro!... La adoro de tal manera,  
mi cariño es tan grande, que si pudiera  
arrancar las estrellas, rasgar la sombra,  
y á sus pies extenderlas como una alfombra,  
estoy casi seguro de que lo haría  
si esto, por ser tan grande, la convencia.

Y va á venir... Ya tarda... La espero... En breve  
besaré sus mejillas de rosa y nieve,  
la tendré entre mis brazos aprisionada,  
voluptuosa, y amante, y enamorada;  
la diré mis pesares, mis alegrías,  
todas las amorosas querellas mías,  
y á sus pies anhelante caeré de hinojos  
cuando el placer entorne sus negros ojos.

Por fin llega... Es la reina de las mujeres...  
Viene corriendo... Llama... ¡Qué hermosa eres!...

### II

Se fué con paso breve, precipitado,  
y estoy otra vez solo y abandonado...  
Hace un instante todo me sonreía,  
me juzgaba dichoso, porque era mía...  
Sus ojos con dulzura me contemplaban  
y sus redondos brazos me aprisionaban;  
su boca me ofrecía dichas sin cuento  
y escuchando extasiado su dulce acento,  
no pensaba que alegres y halagadoras  
para el amor transcurren breves las horas.

Ya se fué... y en la estancia que parecía  
inundada por toda la luz del día,  
se ha ido haciendo la noche, poquito á poco,  
y ya no veo nada... ¡y á ella tampoco!

Todo está triste y solo, y hasta las flores  
no exhalan ya, como antes, suaves olores;  
el reloj que corría precipitado  
marca su *tic-tac* lento y acompasado,  
de la misma manera que si estuviera  
rendido y descansara de su carrera.

Solo yo estoy ansioso de amantes lazos  
y en la vaga penumbra tiendo los brazos,  
mas veo tristemente que en torno mío  
tras las pasadas dichas se halla el vacío.

De su estancia en mi cuarto tan solo advierto  
su perfume, un perfume vago é incierto  
que ha dejado extendido como una estela,  
perfume que me anima, que me consuela,  
que me trae el recuerdo de mis amores  
en sus dulces aromas embriagadores.

¡Ay! después de gozada tanta ventura,  
vuelta á apurar el cáliz de la amargura,  
á ver surgir de nuevo las realidades  
con su escolta de dudas y de ansiedades,  
y á marchar con carrera vertiginosa  
en pos de un horizonte color de rosa,  
con la fe inquebrantable de aquel que espera  
hallar la dicha al cabo de su carrera.

Y ella, la que en la lucha con valentía  
me anima, siendo siempre mi norte y guía,  
ella, la eterna causa de mis desvelos,  
la que me proporciona dulces consuelos,  
al marcharse con paso precipitado  
me deja otra vez solo y abandonado...

*Juan Lavenex*





¡VAYA POR USTEDES!, CUADRO DE S. MARTÍNEZ DEL RINCÓN



# RECUERDOS DE UN VALS

¡Martes de Carnaval! ¿cómo olvidarte,  
 si aún en mi corazón tu eco resuena  
 y siento al recordarte  
 un placer celestial que me enajena?  
 ¡Noche, noche feliz la de aquel día  
 en que mi alma, dormida ó trastornada,  
 despertó del letargo en que yacía  
 al escuchar la dulce melodía  
 de música de amor nunca escuchada!  
 Jamás podré olvidarme, aunque quisiera,  
 de aquella noche de feliz memoria  
 en que por vez primera  
 sentí de una pasión el loco anhelo,  
 ni de su grata historia,  
 que comenzó en un vuelo, y bien podría  
 terminar en el cielo,  
 ¡ó más allá del cielo todavía!

Describir el salón sería empresa  
 superior á las fuerzas de un coloso,  
 porque todo causaba la sorpresa  
 de lo maravilloso.  
 Gasas, espejos, luces, resplandores,  
 armonías, esencias y colores,  
 lindas mujeres de turgente seno,  
 de busto escultural, mirar profundo,  
 en fin, el salón lleno  
 de todo cuanto hermoso encierra el mundo

Por iguales deseos impelidos  
 damas y caballeros,  
 sintiendo la impresión de lo agradable,  
 se lanzaron al baile confundidos  
 al preludiar la orquesta los primeros  
 compases de aquel vals incomparable



que lleva entre sus notas escondidas,  
 por misterioso arcano,  
 sensaciones de amor desconocidas,  
 que tienen lo divino de lo humano.

Sólo faltaba ella... la que inspira  
 los tranquilos acordes de mi lira;  
 la que lleva en su boca perfumada  
 un tesoro de perlas y corales;  
 la que lleva en sus ojos retratada  
 la promesa de amores celestiales;  
 la bella entre las bellas,  
 la que es causa feliz de mi desvelo;  
 la que tiene por ojos dos estrellas  
 que prestan brillo al sol y luz al cielo.

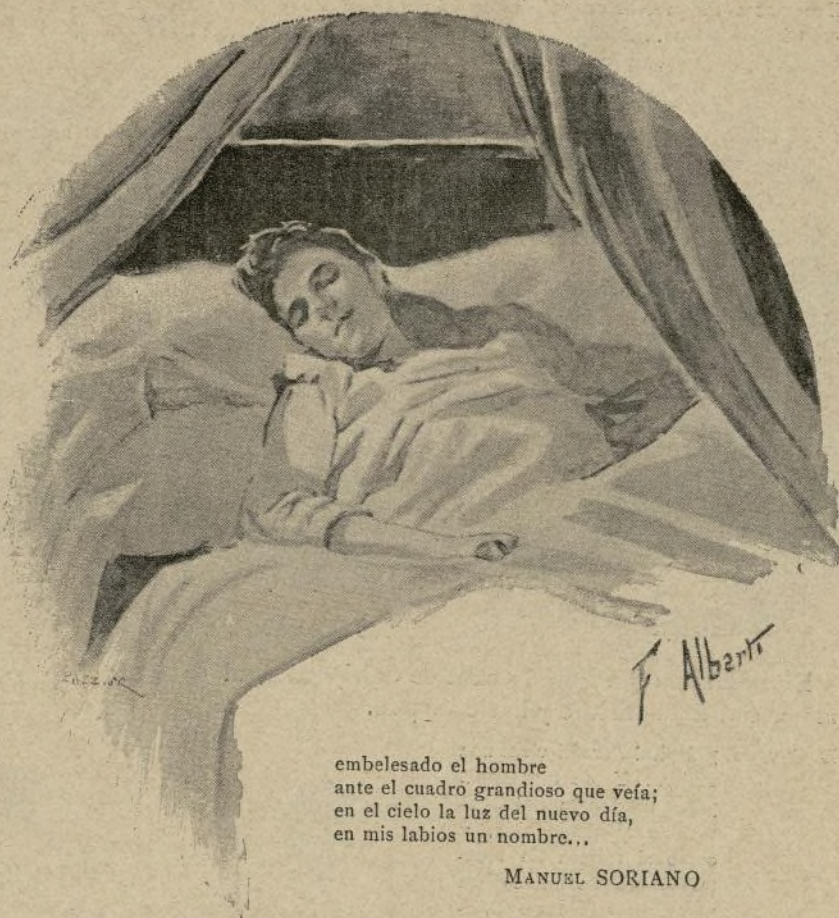


Gentil, risueña, vaporosa, leda,  
admirable, ideal, encantadora,  
entró ella en el salón deslumbradora  
envuelta en olas de crujiente seda.

Al verla entrar allí, volé á su lado,  
y absorto, al contemplar aquel divino  
ejemplar á la tierra transportado,  
estrechando su talle modelado,  
el vals nos arrastró hacia el torbellino.  
Su hermosura ideal, indescriptible,  
su aspecto vaporoso,  
su semblante risueño y apacible,  
los giros de aquel vals vertiginoso,  
los extraños vapores  
de que estaba la atmósfera impregnada,  
la diáfana mirada  
de aquellos ojos garzos seductores,  
la música, el ambiente, mi extravío,  
su sin par gentileza,  
su aliento confundido con el mío...  
¡con tanta y tanta cosa reunida,  
hubiese yo perdido la cabeza,  
á no haberla tenido ya perdida!

¡Dormir! ¿Y quién dormía? ¡Vano empeño  
cuando el amor trastorna los sentidos!  
Porque el amor y el sueño  
no conseguirán nunca verse unidos.

¡Hermoso amanecer! La luz primera  
á su antojo el espacio recorriendo;  
el sol, que comenzaba su carrera,  
sus vivos resplandores esparciendo  
por el cóncavo inmenso del vacío;  
las aves sacudiendo su plumaje  
y entonando su eterno ¡pió! ¡pió!  
la brisa murmurando entre el ramaje;



embelesado el hombre  
ante el cuadro grandioso que veía;  
en el cielo la luz del nuevo día,  
en mis labios un nombre...

MANUEL SORIANO

## AL QUE MADRUGA...

Comedia de malas costumbres, en un acto punible y tres cuadros disolventes.

### CUADRO PRIMERO

La escena en el  
Juzgado de guardia.  
D. Severo, juez de  
ídem, se dispone á  
salir, después de cum-  
plidas las funciones  
de su cargo.

D. SEVERO.

Pues señor... Son las  
cinco y media... La ma-  
ñana está deliciosa; mi  
mujer durmiendo, segura-  
mente... Hagamos tiem-  
po, ya que no hay otra  
cosa que hacer... Una  
vueltecita, y á casa... Por

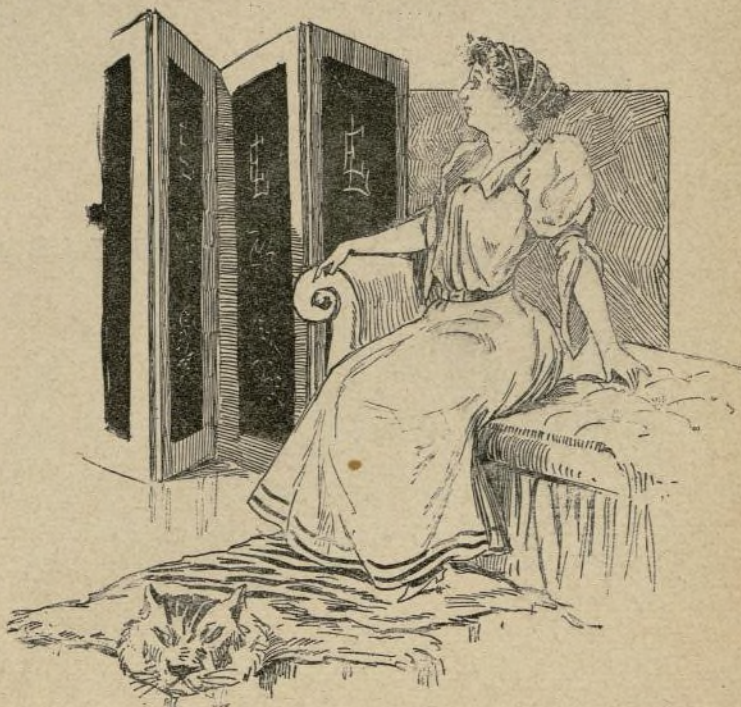
aquí... (Perdonando el modo de señalar.) Estudiaremos las costum-  
bres de la gente madrugadora... ¿Y quién sabe si haré alguna  
conquista?... No será difícil... «Al que madruga...» (Vase.)

### CUADRO SEGUNDO

Gabinete de mujer elegante, coquetón y lindo, como  
su dueña, la cual aparece medio acostada en una  
*chaise-longue* (lo digo en francés para mayor claridad),  
y está muy nerviosa, á juzgar por los golpecitos que  
su menudo pie da sobre la piel de tigre recién casado  
que le sirve de alfombra. La dama, á pesar de toda

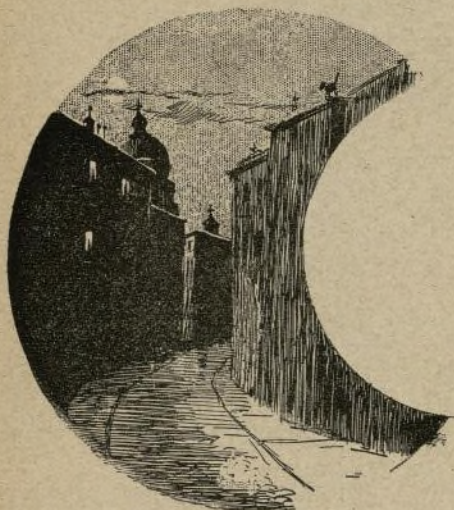
su distinción, se llama Bárbara, como cualquier pa-  
trona de tres al cuarto.

BÁRBARA. ¡Jesús! Las cinco, y Enrique sin venir... Hace dos  
meses que nos casamos, y más de uno que se retira  
á las altas horas de la mañana... Pero nunca se ha  
retrasado como hoy... Seguramente me es infiel...





Hace pocos días recibí un anónimo, y fui tan cándida que se lo enseñé al momento... Enrique pareció no darle importancia; y, lo que es peor, yo tampoco se la di, al verle tan sereno... Creí que sería cosa de Luis, ese fantoche que se ha empeñado en conquistarme, so pretexto de que mi marido me la pega... ¡Vaya si me la pega!



(Saca el pañuelo y se limpia las narices.) El anónimo decía que Enrique pasaba las noches en el número 100 de la calle de Salsipuedes... ¡Ay! No puedo más... ¡Lascincocuarto... Voy á ver si es cierto lo del anónimo; y como lo sea, entablo inmediatamente la separación judicial... (Se pone un abrigo, y se echa un velo por la cara.) ¡Ajá!... Difícil será que me conozca, yendo de esta facha. (Váse por el foro.)

## CUADRO TERCERO

El escenario representa la calle de Salsipuedes, al amanecer. Está oscuro y huele á queso.

ra... Precisamente le estoy aguardando hace rato. ¡Ah! (Con extrañeza.) Pues yo vengo decidida á entablar la separación, porque me consta que Enrique está en esa casa, en compañía de otra mujer... Usted me servirá de testigo ante los tribunales.

BÁRBARA.

D. SEVERO. Y de abogado también... Sería para mí un verdadero gusto...

BÁRBARA. (Interrumpiéndole.) Muchas gracias...

D. SEVERO. (¡Me vendí!) Decía, que tendré verdadero gusto en probar la culpabilidad de ese imbécil, que renuncia á una mujer tan hermosísima como usted, por alguna cocotte de bajo vuelo, una perdida seguramente...

BÁRBARA. ¡Chist!... Me parece que ya salen... (Óyese abrir la puerta, y aparece el marido infiel, lanzando miradas recelosas hacia los dos extremos de la calle.)

D. SEVERO. ¡Calma, señora!

BÁRBARA. (A su marido.) ¡Granuja! ¡Pillo! ¡Infame!!! ¡Qué desgraciada soy! (Cae desmayada en brazos de D. Severo, que la sujeta con energía inusitada.)

ENRIQUE. (Aterrado.) ¡Bárbara! ¡Qué barbaridad! (En este momento sale una mujer de aquella casa, y cogiéndose al brazo de su amante, trata de huir.)

D. SEVERO. (Reconociéndola.) ¡Mi mujer!!!

TELÓN RÁPIDO

CARLOS MIRANDA

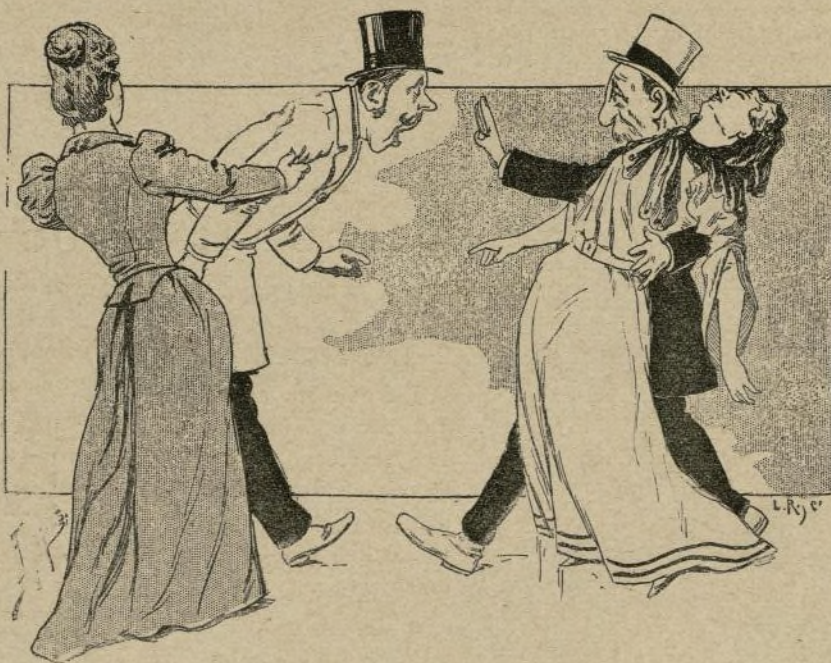
D. SEVERO. ¡Cáspita! Por allí viene una mujer... Y de tapadillo... ¡Conquista en puerta!... Parece muy distinguida, y como si tratara de recatarse... Me esconderé para no espantar la caza. (Ocúltase en un recodo de la calle.)

BÁRBARA. (Sofocadísima.) ¡Jesús! ¡Lo que me ha costado llegar hasta aquí... Pero ya estoy, y no me retiro hasta que se confirmen mis sospechas... (Llega al ángulo en que está D. Severo.) ¡Ay!...

D. SEVERO. Perdone usted señora... Ya conozco el objeto de su venida por estos barrios... Todo se arreglará... Cuente usted conmigo, ya que una dichosa casualidad nos ha juntado aquí... ¡Lo sé todo! (Frase de efecto seguro en todas las comedias.)

BÁRBARA. ¿Será posible?... ¿Es usted, acaso, amigo de mi esposo?

D. SEVERO. (Con naturalidad.) Sí, seño-



## A VECES, LAS APARIENCIAS...





## LAS DIVERSIONES

### RECOLETOS

¡Otro cadáver más!...

La semana anterior le tocó á Parish, y ésta á la imposible barraca de la calle de Olózaga.

Lo siento por Gil Parrado, que estrenaba una revista muy bien hecha y que según noticias, está ya ensayándose cerca de allí.

Agosto es el verdugo de los negocios teatrales de verano, como lo es Enero, en los de invierno.

Suprimiendo del Calendario esos dos meses, estábamos al cabo... del año teatral.

Yo, empresario, le propondría este arreglo al célebre Zaragozano.

### JARDINES

Primera semana: *Coppelia*.

Etc. semanas: *Coppelia*.

Los Jardines del Buen Retiro dan muy poco que hacer á los revisteros de teatros.

Por supuesto, que si quitan ese bailecito y ponen otro... es lo mismo; en asuntos coreográficos la buena forma es el todo.

Los estadísticos aseguran que han salido de Madrid «dos millones de almas».

Yo creo que es verdad: las almas, sólo, á juzgar por la animación constante de los Jardines.

Cuando vuelvan, va á ser un lío, porque en la precipitación, cualquier cuerpo de esos abandonados se meterá en un alma... de cántaro, creyendo que es la suya.

Allá ellos.

Lo más lejos que yo me permito tener la mía es... en Chamberí, y eso, porque hay tranvía de circunvalación.

### CIRCO DE COLON

En este Circo se prepara (ya hace tiempo) una pantomina de gran espectáculo.

La cosa promete dar juego.

Noches pasadas, las bailarinas que toman parte en aquélla, se declararon en huelga... de ensayo, pero merced á la significativa intervención del Duque de Tamames, las chicas obtuvieron lo que deseaban, que sobre ser muy justo, estaba de antemano convenido con el Sr. Rizarelli.

Con los artistas no se juega.

Aprovechamos esta ocasión para dar las gracias más expresivas á la empresa de este Circo, por las deferentes atenciones con que nos honra frecuentemente.

Ya sabe donde tiene unos amigos, etc., etc., y mandar.

### RUSIA

Delicioso ambiente, casas bonitas, muchas distracciones agradables y un constante deseo, por parte de la empresa, de proporcionar al público una gran variedad de espectáculos.

Todo esto ofrece el parque de Madrid Moderno, donde se pasan las horas como minutos sin hacer notables desembolsos, que es lo principal.

En esta semana estrenan unas *Escenas mitológicas* en un inmenso lago que se estrena ahora en la pista de los patines.

El espectáculo tiene mucha novedad y resulta muy curioso.

Además, las diosas del Olimpo, son muy bonitas y éste será seguramente uno de los mejores encantos de la pantomima.

¿A que sí?

### PRINCIPE ALFONSO

En este teatro pasa algo de lo que decíamos anteriormente, hablando de los Jardines.

Vamos, que se confirma eso de que han salido los dos millones de almas solas, porque aquí los *entrados* son fabulosos.

El público premia con verdadera esplendidez los repetidos sacrificios de esa empresa, que promete hacerse permanente.

Ha habido una variación en la compañía; la simpática tiple, la elegante Rafaela Lasheras, se ha separado de aquélla, por razones de orden privado (ajenas á la empresa por completo), y que ponen una vez más de manifiesto su delicadeza profesional y su decoro de mujer.

Sentimos sinceramente la separación.

Carmencita Parra ha entrado en el sitio vacante, demostrando que adelanta notablemente en el difícil arte de la escena.

Tinieblas.

## ENTRETENIMIENTOS

### CHARADA

Puesta una *todo*, tres-tres llevaba ayer *tercia-prima*, cuando en el *prima-segunda* tras de las liebres corría.

J. ABAD

### TRIANGULO

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Sustituir los puntos por letras, que leídas horizontal y verticalmente, se lea:

- 1.<sup>a</sup> Flor.
- 2.<sup>a</sup> Población.
- 3.<sup>a</sup> Nombre de mujer.
- 4.<sup>a</sup> El tren.
- 5.<sup>a</sup> En el mar.
- 6.<sup>a</sup> Musical.
- 7.<sup>a</sup> Vocal.

### Soluciones del número 5.

A LA CHARADA: Camarón.  
AL ANAGRAMA: Manuel del Palacio.  
AL LOGOGRIFO ACRÓSTICO:

RAMÓN  
ALANO  
MARIO  
NACER  
ACERA  
MELÓN  
REINA  
CENAR  
ACOLÍ



ROMPE CABEZAS



¿Dónde estará mi novia?

## BUZÓN DE ALCANCE

P. A.—Utrera.—El soneto es el *quis vel quid* de los poetas y el de usted no está mal hecho, pero es inocente.

L. G. C.—Idem.—A Dios no se le pueden decir ciertas cosas como no se le digan muy bien; lo contrario es una irreverencia, ¡Digo yo!

M. P.—Idem.—Hombré... ¡hemos dicho ya tantas cosas del beso...! Hagan ustedes algo original.

E. R.—Almería.—Es usted un filósofo moderno llamado á armar una revolución en la literatura contemporánea, pero... el soneto, empieza bien y no resuelve. Envieme usted otra cosita y veremos.

F. C.—Madrid.—Vea usted el primer renglón de la primera contestación y .. nada más.

P. M.—Idem.—Publicaré una sola.

E. M.—Idem.—Hay muchos, muchísimos.

¿Sirve?—Sevilla.—¡Quíá hombre! Pero ¿qué demonio de afición le tienen ustedes al soneto?...



L. V. P.—Valladolid.—¡Dios mío, otro soneto!—¿qué ocurre en España?

L. L. G.—Sevilla.—Mire usted que si le decimos á Agosto eso de la *cantilena* (que yo no sé lo que es) se va á incomodar con nosotros.

V. Z. de la F.—Madrid.—Está un poco mejor que lo otro; pero es inocente también. Estudie usted y trabaje, que así se llega.

R. B.—Sigüenza.—Con permiso de usted creo que eso no sirve. Mi buen deseo puede hacer muy poco esta vez en obsequio suyo.

F. F. R.—Tarragona.—¡¡¡Más sonetos!!! ¡qué poco que hacer tiene usted!...

*El chico de las de Pérez.*—¡Ay!... ¡Gracias al cielo!... Sirve, sí señor; envíe la firma.

A. M.—Sirve uno, el primero.

*Fray...*—Sevilla.—¡Valiente pseudónimo y valiente sonetito!... ¡¡¡Otro!!! Impublicables ambos.

*Carras-clás.*—Entran en turno pero... un consejo. No le escriba usted cosas á los ojos de nadie. ¡Qué no se habrá dicho ya!

L. B. O.—Madrid.—No sirve; lo siento.

*¿Valen?*—Santander.—El cuento está bien hecho pero es anti-quísimo. La segunda entra en turno.

J. L. P.—Cuenca.—¡Qué pillín es usted!... ¿De dónde es eso?... Repase usted la ortografía con ese *motibo*.

M. A. P.—Madrid.—Muy bonito. Entra en turno. Envíe lo que guste.

L. G. y R.—Si *medita* usted en otra forma... ¡puede, puede!... Sonetitos de esos, no. Y está bien hecho.

S. T.—Madrid.—Pero hijito ¡por la Virgen de Agosto! no tiene usted idea de lo que es la versificación. Yo lo siento ¿eh?...

E. N.—Madrid.—¿Ha leído usted lo que venimos hablando de

los consabidos sonetos?... ¡Ah! Y está muy mal visto, escribir *dibi-no* así.

F. O. D.—Madrid.—Pues... la *moraleja* en aleluyas, sobre ser inmensamente larga, no tiene la gracia que usted cree. Eso hay que hacerlo muy requetebién.—Y ahora... el romance octosílabo tiene versos como este

*mes de calor y trastos viejos,*

¿no le dice á usted el tímpano que ese verso *abusa* del romance octosílabo?... Ya está usted complacido.

A. M.—Salamanca.—Están hechos hace tiempo; los recuerdo de... no se donde.

J. D. (I).—Madrid.—¡Ya decía yo que era usted hombre de mucha broma! Pero mire usted ¡se han dicho ya tantas cosas por el estilo!

E. M.—Idem.—¿La verdad? Pues la poesía lírica ó es poesía lírica ó poesía cursi y... ¿me entiende usted?

A. L.—Jaca.—No está mal el romancito. El asunto es poco nuevo. Haga usted otra cosa y veremos.

A. L.—Navalcarnero.—Tampoco está mal, pero... si fuera más corta...

*Uno.*—Cangas de Onís.—No es verdad ¡Pues no hay pocas ton-tas por el mundo!

M. L.—Teruel.—Pero criatura... ¡qué ensañamiento el de usted!

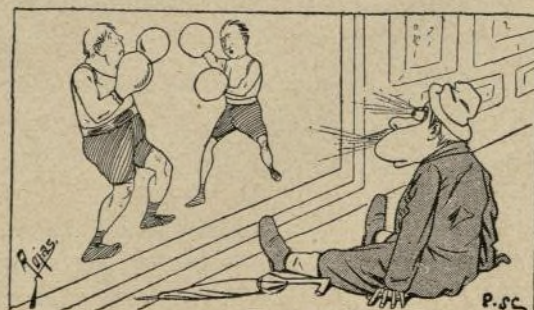
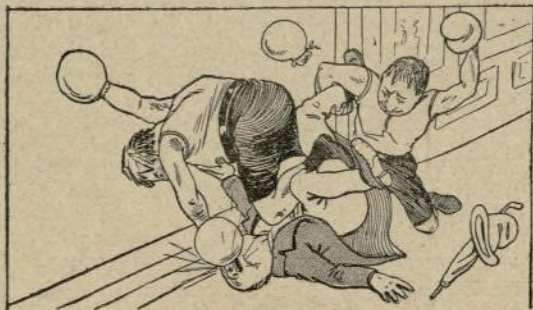
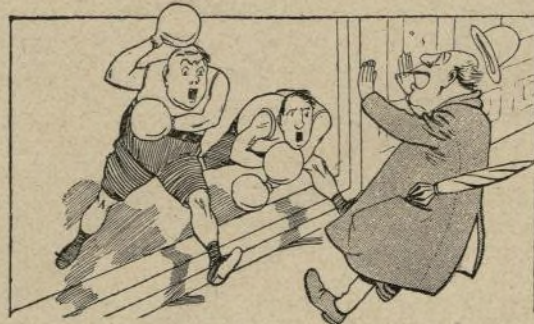
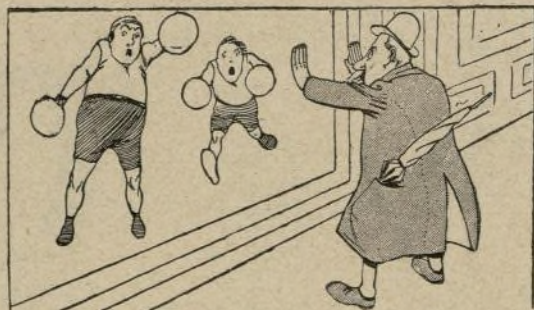
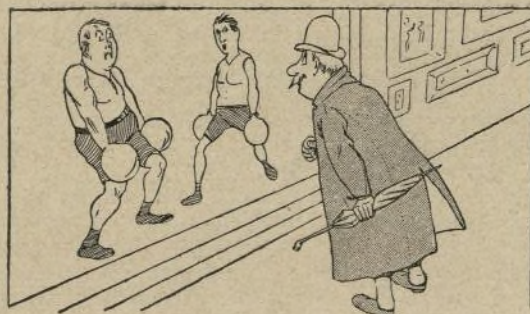
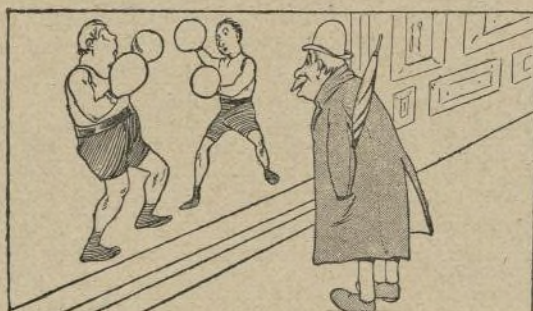
—Vé usted lo que nos está pasando con los sonetos y me envía uno ¡¡con estrambote!!

F. H. A.—Madrid.—Se le han escapado á usted unas pequeñe-cas.—*Vondad, embiarle, vesando y lavios* no se pueden escribir ahora de ese modo hasta ver en qué para eso de Corea.

Tengan ustedes lástima de su afectísimo y *desdichado*.

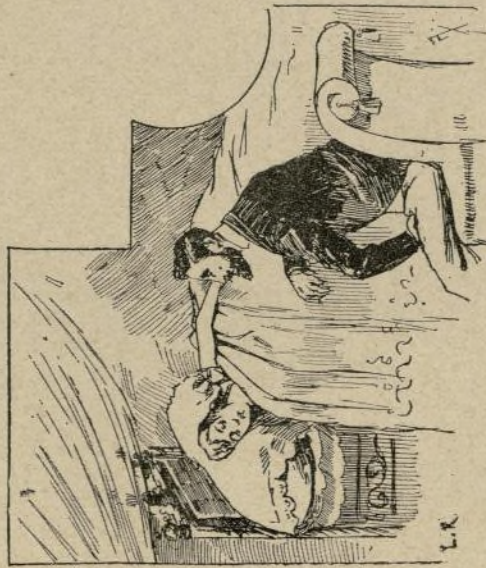
RIOJA

## EL SPORT SE ABRE PASO





sentando sus papeles de damita joven y llorona ¡qué era el mismo empalagamiento oír! y sus papeles de niña sensible é incomprensible; había entre sus víctimas del teatro, todos los autores dramáticos, cuyas obras destrozaba; y entre sus víctimas de amor, un caballero murciano, rico en otro tiempo y á quien ella había dejado pobre como las ratas de convento arruinado. Las demás actrices inteligentes y honradas, se negaban á formar compañía con ella y la hubieran negado todas el saludo, si no fuese por miedo á su lengua de viborilla y á sus malas artes de venganza... Se la conocía por «la arañita».



También yo la tenía; durante mucho tiempo hube de jugar con ella la táctica amorosa con astuto cuidado y, véase lo que son tales negocios, al descubrir que yo era cauto y que no me mamaba el dedo, como el ricachón murciano, llegó á crearme un redomado pillo y esto, sin duda, le debió entusiasmar. ¡Qué bobalicón es el hombre que por tales mujeres juzga á la mujer!

Ya sabía el pretexto que debiera alegar para el rompimiento: sonsaqué á una criada y hube de averiguar si había ó no había algún amante pagano, quién era y á qué hora iba.

—¡Hola, Fernando mío... te esperaba! ¡estoy enferma!

Á mí no me cabía otro recurso que el de regalarla alguna que otra vez cualquier chuchería sin valor, pero de que ella hubiese hecho vivo deseo.

Vivía en una de las más estrechas y oscuras calles de los barrios bajos, en un segundo piso ocupado por ella y por una paisana suya, mujer interesada, de cutis rayado y acortezado, pálido y sucio por los desastres del vicio.

—Una suciedad... vieja... según decía Mariquita.

No nos veíamos jamás en aquel casuco, ni posible me fué por otra parte, hacerla variar de condición y de vida... Era bravía, como paloma torcaz, pero tenía el alegre, picaresco y entero corazón de una manola.

Hice conocimiento con ella en casa de la amada de Eduardo y me dediqué á su amor, como podía haber hecho otra cualquier cosa que amortiguase mi aburrimiento y distrajera mi tedio.

Por lo mismo ella me amaba, estoy seguro.

Una mañana recibí en casa un recado urgentísimo, por medio de una carta escrita con trazos gordos y torpes... escrita por Mariquita; me llamaba y me amenazaba nada menos que con presentarse en mi propia casa y *armarla*, eran sus palabras, y *abroncarla* de modo que me viese en el caso de soltarla un *pie de pailiza* de los de *llame osté á un guardia*... La condición para que esto no ocurriese, era la de que yo me presentara en su casa.

¡Dios mío me había olvidado de aquella desgraciada mujer! Al fin y al cabo no había remedio, aquellos trapicheos debían de acabar... pero antes que nada me interesaba evitar el escándalo; así es que decidí ir á la cita.

Cuando aquella misma tarde, poco antes de anochecer llamé á su casa, salió á recibirme ceñuda, con fruncimientos de cara hombrunos; me habló ahuecando la voz... y la desdichada me hizo reír á mi pesar, porque jamás pude creer en estos celos del vicio, que son más pronunciados cuanto menos profundos y que constituyen, para las mujeres de libre condición, uno de esos contrastes amorosos porque pasan durante su accidentada vida.



—Ya está usted bueno, señor mío...—me dijo.—No es seguramente este el proceder de un hombre que quiere bien... y todo... ¿por qué? por esa de las palomas, esa *inglesa*, que como la ven ustedes vestida como niña en la *primera comunión* y con las palomitas torna que dale, ya se les cae á ustedes el sentido al sólo por la rejilla.

—Mira, Marujilla, déjate de chulerías y palabras de rabanera... ya sabes que á mí no me haces gracia maldita con esto...



cuando te hallé donde te hallé, allí te habían puesto... no creo que serás tú quien tenga derecho á examinarne las acciones... ya sabes Marujilla, que yo te quiero bien... eres loca de remate... Dios será quien ponga á eso gobierno, trabajas con habilidad, esto te valga, pero no te des haces los dedos en la labor, esto te pierde... cuando algo necesitaras, siempre me encontrarías, que al fin yo no soy un malvado...

Hice pausa, y tomando con voz dulce un acento grave, que ella jamás había oído en mí y que verdaderamente la impuso, añadí:

—Pero esto ha concluido... y como debo avisarte lo hago... no has de volver á hacer ni á decir tonterías.

Quedó medrosa y acurrucada en un rincón, comprendiendo entonces, más que por el sentido incontestable de mis palabras por mi gesto severo y por la entonación de voz, que ni yo habría de rechazarla brutalmente, como hubieran hecho tal vez con ella otros amantes en caso semejante, ni era fácil doblegar mi voluntad.

—Por lo demás Marujilla... eres graciosa, buena muchacha y yo soy el mejor de todos tus amigos, en lo que toque á servirte.

Ella enmudeció:

Yo me disponía á partir, cuando fui de nuevo detenido por ella, que lanzó de pronto esta inesperada y terrible exclamación:

—¿Y si yo tuviera que decir á usted, que podré ser madre?

Palidecí de terror; he aquí una idea que jamás se me había pasado por la cabeza, en ninguna de mis trapisondas de mozo; me arrojé fieraente á Marujilla, fijé en ella con enérgica expresión mis ojos y la dije:

—¿Cómo? ¿qué has dicho? ¿no digas mentiras? pueden costarte muy caras...

Ella se amedrentó, y en efecto, no pudo valerse por más tiempo de aquella villana estratagema; mi severidad la obligó á mandar perdón por el engaño.

Dejé á aquella desventurada llorando y salí aturrido á la calle, casi avergonzado de mí mismo y arrepentido de haber jugado una vez más, con lo que hay de más serio en la vida y de lo que hacemos, por locura de la juventud y fatal ley de la naturaleza, un juego peligroso.

Con todos estos devaneos y trapisondas de amor libertino, acabaría seguramente el entusiasmo que Emma me inspiraba, ennoblecendo en cierto modo mi vida, consagrándola á un solo afecto más puro, más desinteresado; tal lo pensaba el amor verdad, enseñoreándose de mis sentidos y de mi corazón.

En aquellos tiempos contaba además del amor con Marujilla, otros dos amores: el de Elvira, una joven actriz, y el de la Marquesa viuda de\*\*\* una mujer elegante y hermosa.

Elvira vivía en un hotelito de las Ventas del Espíritu Santo; era una lánguida andaluza que hablaba melosamente; tenía hermosos ojos, lindo talle y una cara que podía enamorar por su expresión de apenamiento y tristeza, que la agraciaba de tal modo, que ella jamás se estaba sin su dolor fingido ó su melancolía de teatro... Con todo esto, era un sabañón la muy pícarra; había engullido dos ó tres buenas fortunas que digería en Madrid, después de haber salido á caza de primos por las provincias, repre-



aquello... me enojaba ver que para nada se ocupaba de mi amoroso afán.

Entonces fué cuando sin dudar en cosa alguna de cuantas había de decirme, declaró que todo el que la amara, habría de cooperar con todas sus fuerzas al grande pensamiento... Era una alianza estrecha la que me proponía; no podía explicar la razón de aquel vehementísimo deseo, y hasta llegó á decirme...

—Quién sabe si estos misteriosos instintos, tan extraños como lo es el mío, revelen que en nuestra especie se manifiesten ya tendencias á una modificación de la existencia humana... deseos más espirituales, más nobilísimos... más elevados.

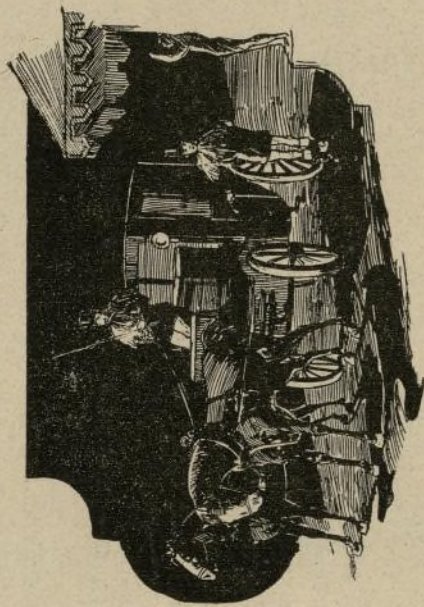
Luego me dió cuenta breve y rápida de todo cuanto hasta entonces había conseguido en beneficio y por la realización de su gigantesco propósito. En Filadelfia había fundado un gran palomar sostenido por el club de pajareras; en las principales poblaciones de los Estados de la Unión, había escuela de silbotar trinos, simular gorgeos, fingir píos, parodiar chillidos y toda clase de cánticos; la escuela se denominaba Americano-reclamopájaros club.

Y qué de entusiastas fanáticos aparecían de día en día; un *gentleman* de Londres, había hecho voto de no encender jamás un cigarro sin depositar en una bolsita un *cheling*, para la confraternidad universal de amigos de los pájaros. Un rico brasileño, ofrecía toda la cosecha de cañamones y de alpiste á las pajareras de Filadelfia, y un notable de Portugal, señalaba á la escuela mil doscientos... *preis!* de renta cada dos años. Señora había que pintaba, bordaba, cosía tan sólo para ofrecer objetos á las rifas de la sociedad... y en fin, caballeros, que no la escribían jamás, sin enviarla en la carta un billete por lo menos de cincuenta francos para la suscripción.

—Mr. Corbendy, no entraba jamás en mi cuarto, sin echar antes por debajo de la puerta un billete de doscientos ó trescientos francos.

Aquí interrumpió el rapidísimo relato porque se acercó el mo-

en el carruaje hasta el Circo. Si me hubiera sido posible hacerlo, yo mismo me hubiera ofrecido á sacarla del brazo ante el público, no obstante que aún no había respondido á mis declaraciones de amor, sino con dulces sonrisas.



—Mucho le agradezco á usted, D. Fernando, que haya venido... Siempre que debo presentarme ante un público que no me conoce, sufro un momento de afanosa inquietud y de miedo irremediable.

—Señorita, no sé cual será el trabajo artístico que usted ejecute... porque como ha tenido usted siempre el cuidado de que en parte alguna, ni por carteles, ni por periódicos, se haya hecho otra cosa que anunciar la Reina de las Palomas, evitando que den anticipadas noticias acerca del espectáculo, no podré pensar cual pueda ser éste, si bien sabemos que se trata de algún juego de domesticación... pero sea cualquiera su trabajo, con sólo que miren su hermosura, se darán por contentos cuantos concurren esta y las noches sucesivas al Circo.

—¡Oh! gracias, mil gracias... siempre la fina galantería del caballero español.

—Y en usted, siempre la dura impiedad de la anglo-americana... Por Dios Emma, respóndame usted.

\*\*\*



Quedóse un momento pensativa, después fijó sus grandes y hermosos ojos en mí y luego dijo resueltamente que no podía negar que mi cortés galantería, que mi apasionada adoración la habían hecho comprender que no se trataba de un capricho pasajero; ella, además, amaba las naturalezas, en las cuales ó por las que los efectos se muestran decididos y firme en ellos é inquebrantable su voluntad.

—¿Cómo? ¿sería posible que usted me amase?—exclamé interrumpiéndola.

—Es posible caballero, puesto que, en efecto, correspondo á su amor... pero ha de pasar usted ahora mismo por dos pruebas... Amigo mío, soy neoyorkina, extravagante en todo; la primera prueba ha de ser incomprensible para usted, la segunda tal vez inexplicable... ¡Azor!—gritó con su voz argentina y en tono imperioso, volviendo la cabeza como si llamara, como en efecto llamaba, á alguien.

Se oyó el ruido de un aleteo, y llegó á posarse encima de la mesa un hermoso palomo de tornasolado cenillo, del cual parecía meter y sacar constantemente su cabecita de ojos de granate... Arrullaba amoroso en torno de Emma.

—Llámele usted cariñosamente... Ya lo sabe usted, se llama Azor...

—Azor, hermoso Azor, dije yo hecho un bobalicon y acariciando á la hermosa avecilla que arrulló delante mí, y luego, entreabriendo las alas, comenzó á moverlas con palpitante gozo.

—Vete, Azor,—replicó Emma.

El palomo huyó de un vuelo á esconderse al punto oscuro del cual le habíamos visto aparecer... era un precioso animal.

No debía maravillarme aquello; era un hecho que yo no podría comprender, pero que ya me explicaría ella con el tiempo; por entonces me debía contentar con saber que me había sido favorable la prueba... Si Azor hubiese resistido á mis caricias encontrándose arisco ó huyendo no bien yo le llamara... ¡Oh! entonces

—Sáqueme usted de dudas por Dios... exclamé. Ella se ofreció á ello, y en tanto los criados se llevaban los objetos necesarios para el trabajo, ella terminó su arreglo y por el camino hasta el Circo, me hizo la más singular é inesperada de las revelaciones.

Emma era rica, inmensamente rica; para nada necesitaba no ya el producto de aquel trabajo que realizaba, sino el doble y aun el triple; pero sus rentas y sus ganancias, todo ésto era poco, muy poco, para realizar la ambición de toda su vida, un loco intento de mujer dotada de un corazón bueno y sensible, un admirable proyecto de artista y sobremana de una yankee.

Su propósito era, en fin, el de fundar escuelas, asilos para los niños, donde principalmente se les educase en las artes de la domesticación de aves, enseñándoles la ornitología, fundamentalmente y todos los artificios, reclamos, secretos y costumbres de las aves de todas las especies.

—Andando el tiempo, amigo mío, tornarían para los hombres el mayor encanto de la vida de nuestros primeros padres en el paraíso... Las aves confiadas, acudirán á la menor señal á ponerse al servicio del rey del mundo... Por la educación, las especies de pájaros cantores habrán perfeccionado, á voluntad del hombre, sus gorgeos y sus trinos y píos; las aves de largo é infatigable vuelo, serán mensajeras del pensamiento á través de los mayores obstáculos y salvando los mayores peligros.

En fin, por el loco propósito de mi neoyorkina, las aves de rapina serían la policía organizada contra la podredumbre, y la defensa contra las fieras, así como los pájaros insectívoros hábilmente dirigidos y con destreza gobernados, prestarían beneficios de que no era fácil formarse ni la más aproximada idea.

—Pero bien, amiga mía, y yo qué tengo que ver con todo eso... ¿me queréis dedicar á que dé cañamones á los pagarillos?

Y esto, naturalmente, hubé de preguntarlo con socarronería, porque por muy admirable y portentoso que me pareciese todo